



La escuela, siempre víctima colateral

(Desde Caracas II)



Aula Colegio Nazaret, Caracas

Venezuela tiene paralizado oficialmente todo el engranaje educativo del país en un momento en el que haría más falta que nunca tener abiertos espacios de contención emocional. “¡No hay clase!”, es el peor de los mensajes que se puede lanzar a la población en edad escolar en medio de la catástrofe de los dos terremotos sufridos hace diez días en Caracas y su región costera. Y haremos surgir todos los voluntarios habidos y por haber para atender a los niños y adolescentes que a día de hoy siguen durmiendo en tiendas de campaña con sus familias por las calles y parques de Caracas... pero sabemos que eso no es suficiente. De nuevo, la máxima: ¡para educar hace falta toda la tribu! ...y hoy esa tribu está agrietada y padece.

Soy misionera -me vivo siendo educadora en cualquier parte del mundo- y soy periodista. Hoy, en Caracas, todas estas identidades se me revuelven por dentro porque sé que lo que ha pasado en Venezuela -magnificado por lo que ya venía pasando- necesita ser contado; porque sé que los relatos de actualidad, como las especies, nacen, viven,

mueren y desaparecen; y porque sé, como dice la reciente encíclica *Magnifica Humanitas*, que “el realismo auténtico no renuncia a cambiar el mundo”.

La escuela es un espacio para cuidar. En palabras del antropólogo Lluís Duch, la escuela es una estructura de acogida, por ello, es fundamental rediseñar nuestros colegios como **ecosistemas de ternura**, donde cada rincón hable de un espacio pensado y dispuesto para la seguridad y el bienestar de las personas. Y hoy en Venezuela hay que recoser, ¡y mucho!, esas estructuras.

La escuela es transmisión de relato, por eso, frente al ruido, la crispación, la violencia y la tragedia, la escuela debe ser un faro desde el que transmitir un **horizonte de sentido** y una narrativa que dé raíz a las nuevas generaciones, siempre desde el diálogo, en un momento en el que todo ha temblado.

La escuela es acompañante de la fragilidad, por eso el liderazgo de un equipo directivo se mide por la finura con la que **sostiene a quien camina más lento**, “*redescubriendo su vocación de artesanos de la educación, disponibles para un trabajo cotidiano, paciente, sostenido por alianzas educativas amplias y compartidas*” (MH, 238).

«La capacidad de saber cuidarnos los unos a los otros es una dimensión importante de nuestro ser humanos. (...) Leer cuentos a un niño, acompañar a una persona mayor o hacer acogedor un espacio, son gestos que se viven en un ambiente familiar, pero que nos ayudan a aprender y a interiorizar la importancia del cuidado a nivel social...», sigue diciendo la *Magnifica Humanitas* en el número 114, y hoy eso en Caracas lo despliega cada hombre y mujer de buena voluntad pero no basta. Mucho nos queda aún por hacer para que la escuela no sea siempre víctima colateral, sino como dice el papa León, “*obra de la historia para levantar lo que se ha derrumbado y proteger lo que está expuesto*”. ¿Habrán rescatistas para esto?